

fume, trinque como un suizo  
y no sepa más latín  
que un cirujano latino.

ESCENA VIII.

D. FELIX *y dichos.*

D. FELIX.

Fugid, noble caballero  
de esculapios maleficos,  
é pósimas malecinas,  
é físicos non leidos.  
La negra melancolía  
dizque os tiene asaz sombrío;  
é si es vero lo que parlan,  
é si estáis tan aborrido,  
mira, señor, vais errado,  
cá las dolencias de espíritu,  
non se curan emplastando,  
non se aplacan con lentisco,  
sino sólo les atañe  
torreznos é regocijos.

D. PEDRO.

Tiene razón, por mi vida *(Aparte.)*  
este diablo . . . Mas, ¡qué miro!  
Jesús, lo que se parece  
á D. Felix mi sobrino!

D. FELIX.

E vos, Dotor, en mal hora  
andad, cá si ora os lo pido  
con asaz cortesanía,  
sabré, si osáis resistillo,  
de una coz bien asentada  
arrojaros de este sitio.

DOCTOR.

Si andaré; mas pronto llegan  
con las febres los pepinos,  
é os emplazo para entonces.

ESCENA IX.

DICHOS, *menos el Doctor.*

D. PEDRO.

Escudero?

ESCUDERO.

Señor mío.

D. PEDRO.

Gómo se llama este mozo?

ESCUDERO.

Fernand Alvarez Bustillos,  
señor de Valdecorneja,  
é rico home.

D. PEDRO.

No me admiro;

Gorostiza.—Tomo II.—43



que en cuanto le vi tan fiero,  
adiviné que era rico.

D. FELIX.

Agora pensemos solo  
en solazarnos.

D. PEDRO.

Bien dicho;  
pero sepamos primero  
de qué modo en este siglo  
se acostumbra á solazar.

D. FELIX.

Danzáis?

D. PEDRO.

Nunca dí brincos  
á compás ni sin compás.

D. FELIX.

Jugáis cañas?

D. PEDRO.

Cuando chico  
jugué con ellas, y fueron  
mi fusil y caballito.

D. FELIX.

Oh, corréis liebres?

D. PEDRO.

Las cojo,  
si no miro á donde piso.

D. FELIX.

Al menos cabalgaréis?

D. PEDRO.

Pierdo al punto los estribos.

D. FELIX.

Nada, pues, sabéis fazer?

D. PEDRO.

Sé olvidar lo que he sabido,  
y no es poca habilidad,  
á los sesenta del pico.

D. FELIX.

Pésame sobremanera  
que no gustéis de bollicios,  
é que vos falten las fuerzas  
para gozar atrevido,  
de los únicos placeres  
á los nobles concedidos.

D. PEDRO.

Y qué no hay otros?

D. FELIX.

Los hay;

mas en todo es preciso  
cabalgar buenos rocines,  
é guardar el equilibrio.

D. PEDRO.

Conque sin cabalgadura  
no hay nada, eh?



D. FELIX.

Nada.

D. PEDRO.

Pues digo  
que es un lance del demonio,  
y supuesto es requisito,  
indispensable, tendré  
que procurarme un borrico.

D. FELIX.

Ora bien, os aconsejo  
que tomemos el camino  
de Flandes.

D. PEDRO.

Dígame usted:  
y qué se nos ha perdido  
en Flandes?

D. FELIX.

Se casa el Conde.

D. PEDRO.

Dios le haga muy buen marido.

D. FELIX.

E me dijo un personero  
que de aquellas tierras vino,  
fazían los sus vasallos  
festejos harto polidos,  
é que luego mantendrían  
dos torneos.

D. PEDRO.

No me animo  
ni aun por esas.

D. FELIX.

Face mal.

D. PEDRO.

Pues á qué están reducidos  
esos dichosos torneos?

ESCUDERO

E su merced non los vido  
antaño, en Valladolid,  
quando los dos asistimos,  
é la infanta se casó  
en Portugal?

D. PEDRO.

No lo he visto.

ESCUDERO.

Por más pelos ó señales  
que anduvisteis muy ardido,  
é tan tieso en el rocín,  
cual si fuerais uno mismo.

D. PEDRO.

Así sería; pero yo  
no me acuerdo.

ESCUDERO.

Nin del circo



que fembras é menestriles  
guarnecían?

D. PEDRO.

No, querido.

ESCUDERO.

Ni tampoco de dos torres  
que en él se vieron de pino  
ó de lienzo, é semejaban  
ser de piedra?

D. PEDRO.

Repito  
que si lo vi, lo olvidé.

ESCUDERO.

Junto á ellas reconocimós  
diez tiendas sobrecubiertas,  
con telas de varios visos,  
é de ellas salieron luego  
por el faraute advertidos  
apuestos mantenedores,  
que justaron con gran brío  
é dieron contentamiento  
á extraños é conocidos.

D. PEDRO.

Pero qué hicieron?

D. FELIX.

Lancear.

D. PEDRO.

A toros?

D. FELIX.

Qué desatino!

A nobles aventureros.

D. PEDRO.

Entonces el tal oficio  
tendrá también sus perances?

D. FELIX

Qué?

D. PEDRO.

Que tendrá sus peligros,

D. FELIX.

Allí mismo D. Gutierre  
de Sandoval fué caído  
por el justador Urrea,  
que le dió sin advertillo  
un desemejable encuentro,  
é allí murió.

D. PEDRO.

Muy bien hizo;  
mas yo no le imitaré  
en tanto que haya novillos  
que ver desde la barrera,  
y teatros bien concurridos,  
y visitas y paseos.

D. FELIX.

Es la diversión del siglo.

D. PEDRO.

Sí, pues del siglo reniego.



ESCENA X.

DOÑA INES y dichos.

DOÑA INES.

Josticia, señor, vos pido,  
que la que á nobles demanda,  
contra entuertos, el su auxilio  
de josticia se lo pide.

D. PEDRO.

¡Sobrina!

D. FELIX.

Raro prodigio  
de belleza!

ESCUADERO.

Noble dueña,  
non plañéis vuestro destino,  
non estéis más de finojos:  
levanted, cá vos afirmo  
é prometo en nombre suyo,  
defenderos é asistiros.

D. PEDRO.

Pues la prometes muy mal,  
que ni soy, ni nunca he sido  
oculista, y así mal puedo  
curarla entuertos ni enviscos.

D. FELIX.

Referirnos vuestras cuitas.

DOÑA INÉS.

Oidme, pues.

ESCUADERO

Ya vos oímos.

D. PEDRO.

Cuánto va que mi sobrina (*Aparte.*)  
quiere darme un sobrinito!

DOÑA INÉS.

En rico abolengo nascida é criada;  
de padres fidalgos habida é tenida;  
con dulces presagios rescebí la vida;  
con nobles exemplos fuí endotrinada:  
los cielos fiziéronme asaz bien formada,  
de rostro fermoso, cual estáis notando;  
mas diéronme, empero, como cera blando  
corazón amante, é alma apasionada.  
Catorce vegadas he visto con flores  
ornarse los campos é á la mariposa  
mecerse en su cáliz, robando envidiosa  
á par de la abeja sustancia é colores.  
Catorce vegadas oí ruseñores  
en suaves concetos cantar sus querellas;  
é también catorce burlábame de ellas,  
cá non conocía qué cosa era amorés.  
Mas, ay sin ventura la paz que yo había  
huyóse del pecho, cual sombra ligera;  
é lo muy tranquila que entonces viviera,



castigame el cielo con gran tiranía:  
sin sueño de noche, sin gusto de día,  
sollozo, suspiro, morirme me siento,  
é como la rosa por cálido viento,  
ansi se marchita la mi lozanía.  
Si encuentran mis ojos los ojos que admiran,  
al punto se bajan, como avergonzados,  
é luego al soslayo sin ser levantados,  
curiosos se indagan, é tiernos se miran.  
Los pechos entonces á la par respiran,  
las manos se enlazan, los labios se mueven,  
é amantes se juran é finos se atreven;  
cá dos que se adoran, muy pronto deliran.  
Por ende asustada, maridarme quiero,  
que todo lo cura un apuesto garzón,  
é non fuera justo, ni menos razón,  
pudiendo haber vida, morir cual yo muero.  
Las palmas é tocas en otras venero,  
é verdes guirnaldas de oliente tomillo;  
mas nunca en mis manos, que nupcial anillo  
á tocas, é á palmas; é á flores prefiero.  
Señor Pero Pérez, amado señor,  
marido me place, marido vos pido;  
pues muero é me abraso, é dizque un marido  
mas que sanguinaria, rifresca mejor.  
Si escucháis mis preces, si me dais favor,  
Dios vos galardone con bienes sin tasa,  
cá nunca la suerte fué parca ni escasa  
para aquel que alivia querellas de amor.  
Mas si mi esperanza se viere burlada,  
é se desmintiera vuestra cortesía,

permitan los cielos vos roben el día  
escuros celajes, noche prolongada,  
é vivas mil años, si vida os enfada,  
sin paz ni deseos, con penas sin fin;  
que aquesto merece el necio que ruín  
el llanto no enjuga de fembra angustiada.

ESCUADERO.

No remáis noble doncella,  
que mi señor . . .

D. PEDRO.

Pero harpia,  
si marido en su agonía,  
me he de casar yo con ella?

DOÑA INÉS.

Non pido, non vuestra mano.

D. PEDRO.

Ni tampoco te la diera.

DOÑA INES.

Tan solamente quisiera  
mataseis á mi tirano.

Matadle, señor, matadle.

D. PEDRO.

No haré tal, aunque la pese  
que luego gritará á ese  
ahorcadle, señor, ahorcadle!

DOÑA INES.

Catad que es un majadero  
que mi dicha desbarata.



D. PEDRO.

Hija, en casa no se cata  
otra cosa que el puchero.

DOÑA INES.

Que es un tutor, vos decía,  
que me acucia en este instante.

D. PEDRO.

Pues haced que vuestro amante  
acuda á la vicaría;  
y verá como su mal  
pronto remedio recibe.

DOÑA INES.

E decidme á donde vive  
esa dueña?

D. PEDRO.

Voto á tal, *(Aparte.)*  
que ya me huele á malicia  
virgen tan preguntadora.

DOÑA INES.

Non respondéis?

D. PEDRO,

Id, señora:  
acudid á la justicia;  
y no dude vuestro afán  
que si mira vuestro empacho,  
os casará sin despacho  
con el mismo Preste Juan.

ESCUADERO.

A la josticia! Olvidáis  
ó será errata de cuenta,  
que mil quatrocientos treinta  
es el año en que fabláis?  
A la josticia! E pudiera  
esta Diosa haber su asiento  
en donde á cada momento  
se la ultraja é vitupera?  
Non señor: cautivo el rey  
yace agora en Tordecillas,  
é las dos pobres Castillas,  
se encuentran como sin ley.  
Los nobles las alborotan,  
los moros las amenazan,  
los bandos las despedazan,  
los disturbios las derrotan;  
é sin fuero, é sin decoro  
el miserable pechero  
sufre más del propio acero,  
que del acero del moro:  
aquí el interés de suerte  
nos arrastra é nos divide,  
que lo ageno non se pide,  
sino lo toma el más fuerte:  
aquí la pasión nos manda,  
é los ojos nos fascina;  
la venganza nos domina,  
la piedad non nos ablanda;  
é aunque las leyes se irriten,  
como agora mudas son,



las quejas de un infanzón,  
á su espada se remiten.  
Ved, pues, la causa, señor,  
porque esta triste doncella,  
á quien un necio atropella,  
requiere vuestro valor.

D. PEDRO.

Y era esto lo que yo echaba (*Aparte.*)  
tan de menos? No en mis días,  
no más, no más gollerías,  
bien estaba como estaba.

D. FELIX.

Acabad, é conceded  
lo que pide la cuitada.

D. PEDRO.

Repito que no haré nada.

D. FELIX.

Tal dice vuesa merced?

D. PEDRO.

Como usted lo oye.

ESCUADERO.

Mal face,  
é harto pronto lo verá.

D. PEDRO.

Pero á mí qué se me da  
que se case ó no se case?

D. FELIX.

Pues estando yo delante,

no permito se desaire  
á fembra de tal donaire;  
alzad luego aqueste guante. (*Tirale.*)

D. PEDRO.

Alcelo usted que lo tira,  
que yo no soy su criado.

ESCUADERO.

Ya os halláis desafiado.

D. PEDRO.

Quién, yo?

ESCUADERO.

Vos.

D. PEDRO.

Eso es mentira;  
el señor no pronunció  
tal cosa.

D. FELIX.

Mas vos tiré

El guante.

D. PEDRO.

Pero no lo alcé  
y en el suelo se quedó;  
con que así, no lo entendí.

D. FELIX.

Si no reñís como noble,  
voto á tal, que de un mandoble  
dos mil muertes vos dé aquí.



D. PEDRO.

Vióse apuro semejante!

DOÑA INES.

Favorecedme.

O reñid.

D. PEDRO.

No hay remedio?

D. FELIX.

Non.

D. PEDRO. [Al escudero.]

Pues id,  
y venga el agonizante,  
que de ambos modos me doy  
ya por muerto.

ESCUADERO.

Qué demencia!

D. PEDRO.

Y la terrible sentencia  
en mí se ejecute hoy;  
pues si hago lo que pedís  
el verdugo me acogota,  
y si no luego me acota  
este nuevo Belianis  
para trincharme sin duelo:  
así, pues, si este es mi hado,  
quiero morir descansado. (Se tiende.)

D. FELIX.

Qué, os echais por el suelo?

D. PEDRO.

Aunque tal cosa os enoje.

D. FELIX.

Enderezad ó temed....

D. PEDRO.

Para qué? PíncHEME usted  
por donde más se le antoje.

## ESCENA XI.

UN PAGE y dichos.

PAGE.

Acorred, nobles fidalgos,  
é ricos homes de pró,  
que la patria vos requiere  
contra propia sinrazón.

D. PEDRO.

Esta es otra que bien baila! (Se alza.)

D. FELIX.

Por qué suspendes la voz?  
Faba al punto, é dinos page,  
de tu queja la ocasión.

PAGE.

Mi queja sólo es la queja  
de todo el que fiel nasció,  
é reniega la discordia,  
é su desórden feroz:



los campos se ven sin mieses,  
los ganados sin pastor,  
é las hazadas se arriman  
por apañar el bridón.  
Ved los hijos como dejan  
al que vida é ser les dió,  
é los hermanos se apartan,  
é se dicen luengo adiós.  
Ved el esposo cual huye  
de la que amante sirvió.  
é trueca el caliente lecho  
por el rocín corredor.  
Ved el amigo que ultraja  
á el amigo que estima  
é por distinta vereda  
encamina su valor.  
Ved así nobleza é plebe  
de Olmedo en derredor  
formar diferentes bandos  
é provocar con furor  
lid contraria á su ventura,  
aunque grata á su pasión:  
en él un campo se miran  
Don Fadrique el lidiador  
é cuantos con él tremolan  
del descontento el pendón:  
en el otro é por el Rey  
está el josticia Mayor,  
é también el condestable,  
é su fijo, é Albornóz,  
é por fin, el que se dice

de Castrojeriz señor,  
que si en la paz non se muestra,  
en la guerra siempre andó.  
Acorred, pues, los fidalgos,  
cabalgad sin dilación;  
pues cuando el clarín alarma  
é la trompeta sonó,  
los homes que se están quedos  
non son homes, vive Dios.

D. FELIX.

Acorramos á las armas.

ESCUADERO.

Voy por las de mi señor  
seguidme el page.

PAGE.

Ya sigo

## ESCENA XII.

DICHOS, *menos Escudero y Page.*

DOÑA INES.

Oh qué sin ventura soy!  
cá donde, si ora vos matan  
hallaré desfacedor  
de mi entuerto?

D. PEDRO.

En la botica.  
por tres reales de vellón.



D. FELIX.

E á que lado vos inclina,  
Señor Pérez, vuestro ardor?

D. PEDRO.

A ninguno.

D. FELIX.

Ello es preciso  
seguir uno de los dos.

D. PEDRO.

Pues adonde haya más gente  
allí me arrimaré yo.  
entonces; porque á los muchos  
siempre los ayuda Dios.

### ESCENA XIII.

EL DOCTOR y *dichos*.

DOCTOR.

Guarda el Moro, guarda el Moro,  
cá de la Sierra bajó,  
é con seiscientos ginetes  
por nuestros llanos se entró.

D. PEDRO.

Otro susto!

D. FELIX.

Quién los manda?

DOCTOR.

Dizque los manda Almanzor,  
el Cid de Andalucía,  
el que mil veces venció  
en los juegos con destreza,  
en las veras con valor.

D. PEDRO.

Pues á fe que la tal tierra  
es tierra de promisión,  
según lo quieto que vive  
en ella su morador;  
cuando no son los de casa,  
los moros le dan temor,  
y cuando no son los moros,  
los enamorados son.  
Quién quiere vivir así?

DOCTOR.

Qué faremos?

D. FELIX.

Cuando el sol  
luzca, lidiar en Olmedo,  
é luego ir del Moro en pos.

D. PEDRO.

Excelente pluscafé  
para luego!

---



ESCENA XIV.

ESCUADERO, *Page y Dichos.*

ESCUADERO.

Ya, señor,  
tenéis aquí preparadas  
vuestras armas.

D. PEDRO.

Sí; pues vos  
ídmelas enjaretando  
como os parezca mejor.

D. FELIX.

Brava celadal!

DOCTOR.

Buen petol!

ESCUADERO.

El escudo es de primor!

D. PEDRO.

Y á donde dejan ustedes  
tan descomunal lanzón,  
que á su lado el de Longinos  
fué palillo de tambor!

DOÑA INES.

Esta cinta vos presento  
de favor.

D. PEDRO.

Lindo favor!  
Guardadla para divisa  
de algún toro de Gijón.

ESCUADERO.

Ya estáis armado.

D. PEDRO.

Me alegro.

D. FELIX

Servidnos, pues de guión;  
cá todos vos seguiremos,  
é á vuestro lado . . . .

D. PEDRO.

Quién? yo?

Primero es que pueda dar  
un paso.

D. FELIX.

Sentís temor?

D. PEDRO.

Qué temor, ni qué morcilla;  
lo que siento es veinte y dos  
arrobos de peso encima  
de mi cuerpo.



ESCUADERO.

Qué baldón!

D. PEDRO

Será lo que ustedes quieran;  
pero repito que no  
puedo moverme.

PAGE.

El rocín  
tasca el freno.

D. PEDRO.

Pues, señor,  
lo dicho, dicho, si ustedes  
llevados de compasión  
no cargan conmigo á cuestras,  
aquí me quedo.

D. FELIX.

Por Dios,  
que si no hay otro remedio,  
podrán ayudaros dos  
pages, hasta que logréis  
cabalgar.

D. PEDRO.

No entiendo yo  
de ayudas; carguen conmigo  
si me quieren lanceador.

D. FELIX.

Pues que carguen.

D. PEDRO

Pues que carguen.

ESCUADERO

Facedlo, pages, é vos (á D. Felix.)  
Id adelante.

D. PEDRO.

No me opongo,  
Dios mío, dadme valor;  
que si en ogaño me miro,  
no quiero otro antaño, no. (Vause.)

### ESCENA XV.

D. JUAN É ISABEL.

ISABEL

Escuchásteis?

D. JUAN.

Lindamente,  
desde el principio hasta el fin.

ISABEL.

Y va bien?

D. JUAN.

Perfectamente;  
¿Más donde toda esa gente  
se encamina?



ISABEL,

Hacia el jardín  
prestumo.

D. JUAN

¿Y qué es lo que harán  
allí?

ISABEL.

Toma, en todo evento  
allí el cuento concluirán.

D. JUAN.

Pero cómo?

ISABEL.

Ese es el cuento;  
que no sé cómo podrán  
desengañar su manía  
sin que se ofenda, y.....

D. JUAN.

Ni yo;  
más calla, qué gritería  
es esta?

ISABEL.

Alguno cayó,  
y la escalera rodó  
sin duda.

D. JUAN.

Bueno sería  
ahora que.....

ESCENA XVI.

DOÑA INES y dichos.

DOÑA INES.

Ay señor Don Juan  
de mi vida, y qué fracaso  
sucede!

D. JUAN.

Pues qué sucede?

DOÑA INÉS.

¡Ay quién hubiera pensado  
tal cosa!

D. JUAN

Qué cosa?

DOÑA INÉS

Mire  
usted como estoy temblando.

ISABEL.

Y yo también tiemblo, sólo  
por concomitancia.

D. JUAN.

Vamos,  
en suma, qué ha sucedido?



DOÑA INÉS

Que el tío se ha desmayado.

D. JUAN.

Qué dice usted?

DOÑA INÉS.

Sí, señor,

que al llegar al postrer tramo  
de la escalera, salieron,  
no sé de donde, unos cuantos  
á la manera de turcos  
con mas barbas que un zamarro,  
gritando Zalamelé,  
lo que causó tal espanto  
á Don Pedro, que la lanza  
se le escapó de las manos  
al punto, y dió con su cuerpo  
en tierra.

ISABEL.

Jesús!

D. JUAN.

Corramos  
á socorrerle.

ISABEL.

No tal,  
que aquí le traen desarmado  
y medio desnudo.

DOÑA INÉS.

¿Qué,  
ha vuelto ya del desmayo?

ESCENA XVII.

D. FELIX, EL ESCUDERO, PAGES,  
MOROS, ETC. QUE TRAEN A D. PEDRO,  
y dichos.

D. FELIX.

No; pero empieza á mover (A Doña  
los ojos. Inés.)

DOÑA INÉS.

Dios sea loado.

ESCUDERO.

En dónde se pone?

D. JUAN.

Venga

su poltrona.

ISABEL.

Ya la traigo,  
con la bata y con el gorro  
de dormir. (Siéntanle y le visten.)

DOÑA INÉS.

Voy por un frasco  
de agua de Colonia.

D. JUAN.

Creo  
que será más acertado



se vayan usted y Felix  
á desnudar, entretanto  
que nosotros.....

D. FELIX.

Dice bien.

D. JUAN.

DOÑA INES.

Muy bien.

(Vanse.)

### ESCENA XVIII.

DICHOS, menos Doña Inés y D. Felix.

D. JUAN.

Ea muchachos,  
descolga esos tapices  
y esas cornucopias... Vamos,  
despáchense ustedes... quiten  
el sitial... no dejen rastro  
de tal farsa.

ISABEL

(Con una mesa) Aquí viene

El velador.

D. JUAN.

Colocadlo  
en su lugar

PAGE.

(Con unas sillas) Y estas sillas?

OTRO PAGE.

Y este velón? (Con un veión.)

UN MORO.

Y este Santo  
Cristo?

D. JUAN.

Allí... aquí.

ISABEL.

A el Santo Cristo  
se le cuelga de aquel clavo.

MORO.

Ya lo está.

D. PEDRO.

Ay!

ISABEL.

Chitón, que vuelve  
en sí.

D. JUAN.

Irse todos.

D. PEDRO.

Ay!

ISABEL.

¿Qué hago  
yo?

D. JUAN.

Irte también; mas vendrás  
con el refresco de tu amo



tan luego como lo tengas  
hecho.

ISABEL.

Bueno.

### ESCENA XIX

D. PEDRO Y D. JUAN.

D. PEDRO.

Dónde me hallo,  
Virgen Santa? En qué mazmorra  
me han metido?

D. JUAN.

Finjamos. [Aparte.]

Señor Don Pedro?

D. PEDRO.

Ay de mí.  
que me estaban escuchando.

D. JUAN.

Señor Don Pedro?

D. PEDRO.

Señor  
Don Almanzor, D. Pilatos,  
ó como usted se apellide,  
tenga piedad de un anciano  
que nunca comió tocino  
y no le pringue.

D. JUAN.

Desbarro  
igual, jamás escuché!  
qué es lo que está usted hablando,  
Señor Don Pedro? no mira  
que soy yo? Don Juan? su amado  
y antiguo amigo?

D. PEDRO.

Pues qué,  
también me le cautivaron  
á usted aquellos mastines?

D. JUAN.

Vaya, que se ha despertado  
usted con buenas ideas  
ó quimeras en los cascos!

D. PEDRO.

Despertado!

D. JUAN.

Y de una siesta  
con honores de letargo,  
según y como duró.

D. PEDRO.

En efecto....sí....ahora caigo,  
verdad es que me acosté  
á dormir....no en este cuarto  
me parece....no....aunque sí  
en aquel....cuando acabamos  
de comer....y....pero cómo



me encuentro ahora sentado  
en esta poltrona?

D. JUAN.

Cómo?

D. PEDRO.

Pues.

D. JUAN.

Qué se yo... pero hay varios  
que son sonámbulos, y andan  
la casa de arriba abajo,  
dormidos como una piedra;  
puede que vd....

D. PEDRO.

Yo?

D. JUAN.

Agitado

por alguna pesadilla....

D. PEDRO.

Ay Don Juan de mis pecados,  
que eso fué entonces.

D. JUAN.

Qué fué?

D. PEDRO.

Eso,

sin ponerlo ni quitarlo.

D. JUAN.

Pesadilla?

D. PEDRO.

Y bien pesada.

D. JUAN.

Algún torazo marrajo  
que ya le iba á los alcances,  
eh?

D. PEDRO.

No, señor.

D. JUAN.

O algún diablo  
narigón y patituerto,  
con sus cuernos y su rabo,  
que á horcadas se pondría,  
quizá, sobre el espinazo  
y con sus uñas de grifo  
le habrá estado atormentando  
á usted, y....

D. PEDRO.

No, no eran grifos,  
ni diablos, ni toros bravos,  
ni nada de cuanto usted  
piensa.

D. JUAN.

Qué eran, pues?

D. PEDRO.

Qué! hidalgos,  
escuderos, pages, dueñas,  
doctores, moros, cristianos,



farautes, mantenedores,  
y personeros malvados  
con la sabida comparsa  
de calzas, gregüescos, mantos,  
tocas, faldas, desafíos,  
torneos, escudos, cascos,  
lanzas, mulas, aforismos,  
zalamelés y porrazos;  
y de tal suerte, Don Juan,  
todos ellos me han dejado,  
que no sé lo que me pesco;  
si velo, ó si estoy soñando  
todavía; si estoy vivo,  
ó si ya estoy enterrado.

D. JUAN.

Si entendiere lo que usted  
me cuenta, que...

D. PEDRO.

Y lo más raro  
es que me hallo tan molido,  
y tanto me duelen brazos  
y piernas, que no parece  
sino que han estado andando  
conmigo al morro.

ESCENA XX.

ISABEL y dichos.

ISABEL.

El refresco.

D. PEDRO.

Dios te lo pague, que el flato  
me empezaba ya á ostigar.

ISABEL.

Mire usted qué pan tan blanco!

D. PEDRO.

Venga.

ISABEL.

Es de leche.

D. PEDRO

Muy rico. (come.)

ISABEL.

Pues, y el bollo?

D. PEDRO.

Delicado. (come.)

ISABEL.

Pruebe usted aquesta torta  
de Morón.



D. JUAN.

No le haga daño....

D. PEDRO.

A mí?

D. JUAN.

Dígame porque  
nuestros padres merendaron  
tan solo cosas ligeras,  
como quien dice, gaspacho,  
ensalada ó sopa en vino,  
y siempre estaban muy sanos.

D. PEDRO.

Sí, pues yo quiero enfermar [con la  
de una indigestión. boca llena]

### ESCENA XXI

D. FELIX con un libro en folio en la mano  
y dichos.

D. FELIX.

Reclamo  
de usted, tío, el que me saque  
de una duda.

D. PEDRO.

(Mirándole.) Algo más alto (Aparte.)  
me parece, que el señor  
de Valdecorneja.

D. FELIX.

Ocampo  
en su crónica nos dice  
que un nieto de Arias Gonzale  
cabalgando en un tordillo....

D. PEDRO

[Levantándose muy enfadado.]

Loco, necio, mentecato....

D. FELIX.

Pero tío!

D. PEDRO.

Suelta el libro.

D. JUAN.

¿Qué intentáis hacer?

D. PEDRO.

Quemarle

con todos los pergaminos  
que haya en casa.

D. FELIX.

Si enfadado

se ha de poner usted, tío,  
sin motivo, á cada paso  
conmigo, por vida mía  
que el día menos pensade  
siente plaza.

D. PEDRO.

Tú?